

**EN TORNO A LA FE Y LA  
RAZÓN**

**Rafael María de Balbín**

## 1. Sobre la tolerancia

El Diccionario de la Real Academia de la lengua define la tolerancia como la “acción de tolerar”, entendiendo por tal el “sufrir, llevar con paciencia”, o también “disimular algunas cosas que no son lícitas, sin consentirlas expresamente”. En esta acepción restringida la tolerancia implica el permitir un mal, para evitar un mal mayor. Hay ocasiones en que es precisa esta actitud, que no supone una auténtica aceptación o comprensión de las acciones o de los defectos del prójimo, sino una simple y pasiva resignación.

Pienso que, cuando se exalta la tolerancia como un positivo valor humano, se considera ésta en una acepción más amplia. En este sentido el Diccionario la define como: “Respeto y consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, aunque repugnen a las nuestras”. Así entendida la tolerancia supone un verdadero respeto hacia la persona, la libertad y las opiniones de los demás. Y en ella se encuentra el auténtico fundamento de la democracia.

Algunas veces se ha pretendido basar la democracia en el escepticismo o en el relativismo: respeto las opiniones ajenas porque tampoco estoy persuadido de las mías. Si desconfío de que alguien pueda conocer con certeza alguna verdad, lo mejor es plegarme al parecer de la mayoría, para evitarme inconvenientes. Sin embargo éste es un fundamento muy débil para una auténtica democracia, pues con la misma argumentación puede defenderse la tolerancia y también la intolerancia. Si nadie está seguro de sus convicciones, ¿por qué no imponer las mías, que conozco bien, y al fin y al cabo tienen la ventaja de ser precisamente *mías*? Por la vía del relativismo puede imponerse sin mayores escrúpulos un pensamiento o una acción totalitarios. El relativismo hace expedito el camino hacia la tiranía.

Es más: no es infrecuente que el totalitario se cure en salud y llame fanático o dogmático o intolerante o fundamentalista al que no piensa como él. Tal como se decía de algunos *liberales* o *librepensadores* del siglo XIX: “El libre pensamiento proclamo en alta voz, y muera el que no piense igual que pienso yo”.

La tolerancia, pues, no se basa en la desconfianza o la indiferencia ante la verdad, sino en el profundo respeto a la dignidad de las demás personas y a la libre expresión de su pensamiento. En esta expresión del pensamiento no todo son *opiniones*. La opinión es la expresión de una convicción *probable*, pero no segura. Además de las opiniones, existen también las *certezas*: de sentido común, de ciencia o de fe. Y así como hay certezas en la verdad, hay también errores. El error como tal no tiene especiales derechos a una consideración en paridad con la verdad. Sin embargo, la persona del que yerra y su libertad merecen toda consideración y *tolerancia*.

La democracia se mueve en el terreno de las opiniones, y concretamente de las opiniones políticas, no en el campo de las certezas. Sería absurdo, aunque casos se han dado, que en una asamblea parlamentaria o en un referéndum se pusiera a votación la validez de la tercera ley de la termodinámica, o la existencia de Dios, o la licitud del asesinato. Estas verdades se encuentran en el terreno de las certezas, no en el de las simples opiniones. No es justo –sería simple relativismo– colocar en paridad las certezas con los conocimientos más o menos improbables o hipotéticos que llamamos *opiniones*.

En resumen: es perfectamente justa y razonable la tolerancia o comprensión hacia toda persona humana, en razón de su dignidad y de la libre expresión de su pensamiento,

aunque éste incida en algunos errores. Sin embargo ello no quiere decir que la certeza sea equiparable a la simple opinión, y mucho menos que la verdad esté en iguales condiciones que el error. Pensemos lo que ocurriría si un alumno reprobado en un examen, por sus patentes errores y desconocimiento de la asignatura, alegara como un derecho la libre expresión de sus opiniones, distintas de las del profesor, igualmente opinables. Y que el docente fuera acusado de fanático e intolerante por no plegarse a las opiniones de su alumno ignorante.

## 2. Dos alas

Probablemente uno de los documentos más importantes de la riquísima enseñanza de Juan Pablo II es la Encíclica *Fides et ratio*, sobre las relaciones entre la fe y la razón, publicada el 14 de septiembre de 1998. En ella se abordan temas de candente actualidad en la cultura y la vida práctica de nuestros días. El preámbulo de este documento contiene palabras altamente significativas: “La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a El para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo”.

No raramente, en diversas épocas y circunstancias históricas se han alegado supuestas incompatibilidades entre los requerimientos de la fe y los de la razón, cual si se tratara de dos mundos, no ya distintos sino dialécticamente contrapuestos. La Encíclica, a través de una bella imagen comienza por afirmar la armonía y la colaboración entre una y otra. Es claro que un ave necesita de ambas alas para levantar y sostener su vuelo: no sería suficiente con poseer una sola ala, o un ala fuerte y otra débil. Hace falta el concurso de ambas. Y en el vuelo las alas no se oponen una a otra, sino que mutuamente se ayudan.

¿A qué vuelo nos estamos refiriendo? Al del espíritu humano que se eleva hacia la contemplación de la verdad. Si la búsqueda de la verdad se realizara solamente con la razón o únicamente a través de la fe, sería unilateral y reductiva, con esas posiciones intelectuales que históricamente se han dado bajo los nombres de *racionalismo* o de *fideísmo*. El racionalismo es de vieja data: la razón humana se constituye en juez supremo de toda verdad, de tal modo que no admite lo que no cabe dentro de su capacidad, con frecuencia estrecha. Es el cómodo expediente de querer tener toda la realidad *bajo control* de la razón, o de *mi* razón. Y la realidad es mucho más amplia y rica que las construcciones de nuestra mente. El racionalismo, aunque otra cosa pudiera parecer, es una cerrazón mental ante el *misterio* del ser. El misterio no significa lo incomprensible, sino aquello que en su riqueza y profundidad nos invita y *desafía* a conocerlo. El fideísmo es también una posición intelectual estrecha: bajo el amparo de las certezas de la fe, una persona se instala en la comodidad de no usar las potencialidades de su inteligencia, suponiendo gratuitamente que su naturaleza humana está tarada o es incapaz. Pensemos, por lo que al racionalismo se refiere, en la arrogante posición de tantos *ilustrados* del *siglo de las luces*, o en la más reciente ciega y total confianza en el progreso humano irreversible a través de los logros de las ciencias experimentales o de la tecnología. Como ejemplo de fideísmo cabe señalar el pesimismo luterano, que considera que la naturaleza humana ha quedado corrompida por el pecado, y que por tanto la razón humana no hace sino equivocarse.

La búsqueda y contemplación de la verdad no es asunto baladí para la persona humana, ni un detalle decorativo en el conjunto de su vida. Es Dios mismo quien ha puesto

en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad: un deseo profundo y esencial, al que no podemos (ni debemos) escapar. Ese deseo apunta, en último término, al conocimiento del mismo Dios, y desemboca en el amor, otra constante esencial del ser humano. Cuando así se hace, se obtiene también una buena recompensa: el hombre puede alcanzar así también la plena verdad sobre sí mismo.

«Conócete a ti mismo»: es un lema paradigmático de la sabiduría clásica, pero no exclusivo de la búsqueda intelectual de los helenos. En las mejores expresiones culturales de Oriente y de Occidente no ha dejado de plantearse esta inapelable necesidad. El hombre se pregunta siempre quién es él, de donde viene y a donde va, qué es el bien y por qué existe el mal, qué nos aguarda después de esta vida terrena.

### 3. Amor a la sabiduría

Juan Pablo II, en su encíclica *Fides et ratio*, destaca la certidumbre cristiana del conocimiento de Jesucristo, que es “el camino, la verdad y la vida” (*Juan* 14, 6). El conocimiento de su persona y de su doctrina no fundamenta en el creyente una actitud arrogante, sino el humilde agradecimiento a un don divino, a la sabiduría revelada. A la Iglesia le compete esta proclamación, como una *diaconía* o servicio a la verdad. Ello no le impide, a la vez manifestar la importancia de la filosofía, como auténtico *amor a la sabiduría*. Por ésta la razón se pregunta acerca de los porqués y paraqués más radicales de la realidad y de la vida humana. Y lo hace en la multiforme diversidad de las culturas y de los tiempos históricos.

Ya desde Platón y Aristóteles se manifiesta que la filosofía tiene su origen en el *asombro*, una sorpresa intelectual ante la fuerza y la riqueza de la realidad, que no puede encerrarse en los límites estrechos de un sistema o construcción mental. Esta capacidad de asombro conviene mantenerla siempre abierta, en su búsqueda y también en sus logros. Bien se puede hablar, a través de los variados esfuerzos de la razón humana, de un núcleo permanente de conocimientos filosóficos, que constituyen como un *patrimonio filosófico* de la humanidad: el conocimiento del ser y de sus primeros principios, como el de no contradicción, el de causalidad o el de finalidad; de la persona humana inteligente y libre, capaz de conocer a Dios, la verdad y el bien; de las normas principales del obrar moral; de unos *derechos humanos* valederos para todo tiempo y lugar. Así la sabiduría filosófica permite conocer la verdades fundamentales para el hombre. A la vez la filosofía constituye una ayuda indispensable para el creyente, que le permite profundizar en la inteligencia de la fe y comunicarla a otros.

La filosofía moderna y contemporánea tiene en su haber el mérito de haber concentrado su atención en el hombre, y en el desarrollo de su cultura y de su historia. Son muchos los logros en este sentido. Sin embargo, no se puede por menos de señalar que, al mismo tiempo, junto con el predominio abusivo de la técnica, ha caído en un desinterés hacia la verdad, abocándose en su búsqueda más sobre el conocimiento humano que sobre el ser de la realidad. De ahí las tentaciones del agnosticismo (proclamación de impotencia ante el conocimiento del ser), del relativismo (todo está en función de mi propia óptica subjetiva) y el escepticismo (duda que suspende el juicio por temor a errar). Faltan certezas y todo tiende a convertirse en mera opinión. Falta radicalidad y sobra desconfianza. Así se ha llegado en nuestros días a proclamar el reinado de la *razón débil*, que se autolimita a

objetivos pragmáticos y de corto alcance. Llega así un momento en que la vida humana aparece *sin sentido*, e incluso carece de sentido preguntarse acerca de su sentido.

En esta coyuntura la Iglesia anima a reflexionar sobre la verdad y quiere anunciarla abiertamente. Anima a los intelectuales a plantearse con hondura las grandes cuestiones que atañen al hombre de todos los tiempos. La búsqueda de la verdad no es una tarea fría y despersonalizada: requiere un amor apasionado. Cuando la razón y su búsqueda de la sabiduría se hallan en trance depresivo, es la persona humana quien lo sufre. Y también en la recepción y la vivencia de la fe. El Papa anuncia como propósito de la encíclica llamar la atención sobre “algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas” (n. 4). Si carecemos de puntos de referencia y abundan los falsos valores, hace falta un serio empeño por profundizar en la verdad. De lo contrario esta situación lleva consigo consecuencias sumamente negativas: “Sucede de ese modo que muchos llevan una vida casi hasta el límite de la ruina, sin saber bien lo que les espera”(n. 6). Los ejemplos están a la vista de todos.

#### **4. Sabiduría revelada**

La Iglesia Católica tiene conciencia de que su mensaje tiene origen no en la mera razón humana, sino en el mismo Dios, como una iniciativa gratuita para nuestra salvación. En el siglo XIX el Concilio Vaticano I puso de manifiesto el carácter sobrenatural de la Revelación, saliendo al paso del racionalismo imperante en esa época. Señaló que, además de la razón, contamos con las luces de la fe. Ésta es una respuesta a la enseñanza de Dios, que ni engaña ni quiere engañar.

El gran acontecimiento del siglo XX fue el Concilio Vaticano II, que continuó las enseñanzas del anterior, en lo que se refiere a la fe y a la Revelación. Dios nos trata como a sus amigos y se revela por obras y palabras, en el tiempo y la historia humanos. En la “plenitud de los tiempos” (*Gálatas* 4, 4) se hace hombre el Hijo de Dios, y en Él se nos da la plenitud de la Revelación junto con las gracias necesarias para la salvación. La Encarnación impacta hasta lo más profundo la historia de la humanidad, “el Eterno entra en el tiempo, el Todo se esconde en la parte y Dios asume el rostro del hombre” (JUAN PABLO II. Enc. *Fides et ratio*, n. 12). Jesucristo es el nuevo Adán, cabeza de la humanidad redimida, que nos descubre en profundidad nuestra condición humana y la grandeza de los planes de Dios: “Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22). Los grandes enigmas de la existencia personal, del dolor, del sufrimiento de los inocentes, de la muerte, se iluminan a partir de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

La sabiduría revelada nos hace asomarnos a los más profundos misterios. La fe es sometimiento de la razón, obediencia a Dios. Y esta obediencia es sumamente razonable, ya que Dios es su garante. Por ella la persona humana se comunica con Dios, en una elección fundamental realizada a través de la inteligencia y la libertad. Esa opción es un enriquecimiento: “La libertad no se realiza en las opciones contra Dios” (Enc. *Fides et ratio*, n. 13).

La Revelación divina no se contrapone a la razón humana: hay unos signos que facilitan la captación del mensaje revelado, tales como por ejemplo los milagros y las profecías, con tal de que sepamos ir más allá del signo y busquemos lo significado. En este sentido la Revelación tiene un horizonte *sacramental*: en ella las realidades espirituales se

hallan envueltas en signos sensibles. La fe, lejos de anular el misterio, lo hace más evidente, hace más patente su profundidad. Ello ocurre concretamente con respecto al misterio de la vida humana: “en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor [Cristo, el Señor], manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22).

La razón humana, lejos de lo que a veces se piensa, no es limitada por la fe, sino sólo por su propia finitud ante el misterio infinito de Dios. La Revelación más bien le presenta el reto y el impulso de que amplíe el campo de su propio saber. La fe cristiana mueve al hombre, inteligente y dueño de su destino, a abrirse hacia las realidades que le trascienden: será la verdad la que nos haga verdaderamente libres (cf *Juan* 8, 32). Este enriquecimiento adquiere una palpitante actualidad en nuestros días: “La Revelación cristiana es la verdadera estrella que orienta al hombre que avanza entre los condicionamientos de la mentalidad inmanentista y las estrecheces de una lógica tecnocrática; es la única posibilidad que Dios ofrece para encontrar en plenitud el proyecto originario de amor iniciado en la creación” (Enc. *Fides et ratio*, n. 14). La nave de la razón humana navega entre dos escollos: el *subjetivismo* inmanentista y el *pragmatismo* tecnocrático, que tratan de hacer naufragar su singladura mar adentro, hacia las profundidades del designio divino.

## 5. Creo para entender

En el segundo capítulo de su Encíclica *Fides et ratio* Juan Pablo II desarrolla una sugerente exposición acerca de los libros *sapienciales* del Antiguo Testamento, en los que se refleja la sabiduría de Israel y también la de las antiquísimas tradiciones de Egipto y Mesopotamia. Aparece en ellos un vínculo profundo entre la fe y la razón, lejos de toda dicotomía. Ciertamente el deseo profundo de conocer la verdad es común a todos los hombres; para el israelita el conocimiento del mundo y de la persona humana –señala el Papa- no es por abstracción, como para el filósofo griego o el sabio egipcio. Tiene la vivencial convicción de la profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la razón y el de la fe: “El corazón del hombre medita su camino, pero es el Señor quien asegura sus pasos” (*Proverbios* 16, 9). No hay pugna entre ellas, porque cada una tiene su propia especie de realización: “Es gloria de Dios ocultar una cosa, y gloria de los reyes escrutarla” (*Proverbios* 25, 2). Detrás de los imperfectos logros humanos late la aspiración a la plena e infinita sabiduría: “Mas para mí, ¡qué arduos son tus pensamientos, oh Dios, qué incontable su suma! ¡Son más, si los recuento, que la arena, y al terminar, todavía estoy contigo!” (*Salmo* 139 [138], 17-18).

La sabiduría de Israel ha sabido abrir a la razón el camino hacia el misterio. Para ello se atiene a unas reglas no expresamente codificadas: que el conocimiento del hombre es un camino que no admite descanso; que ese camino no ha de recorrerse por el orgullo de lograr una conquista personal; que el conocimiento debe siempre ir unido al *temor de Dios*: conciencia clara de su trascendencia con respecto al mundo y a nosotros, a la vez que de su amor que cuida del hombre con providencia. Cuando se aleja de estas reglas, el hombre se convierte en *necio*, hasta llegar a decir: “Dios no existe” (*Salmo* 14 [13], 1).

Hay un conocimiento cierto de Dios por medio de la naturaleza, como se contempla al artista a través de la perfección de sus obras: “de la grandeza y hermosura de las criaturas, se llega, por analogía, a contemplar a su Autor” (*Sabiduría* 13, 5). Esta enseñanza

bíblica confirma los logros de la filosofía y de la común experiencia humana en su búsqueda del conocimiento de Dios creador. Tal conocimiento adquiere significado pleno en el horizonte de la fe: “Del Señor dependen los pasos del hombre: ¿cómo puede el hombre conocer su camino?” (*Proverbios* 20, 24); teniendo siempre en cuenta que: “El temor del Señor es el principio de la sabiduría” (*Proverbios* 1, 7).

Los textos sapienciales reconocen la dignidad y la tarea propia de la razón humana, como escrutadora de la realidad. Dios ha creado al hombre como un *explorador* (cfr. *Eclesiastés* 1, 13), “cuya misión es no dejar nada sin probar a pesar del continuo chantaje de la duda. Apoyándose en Dios, se dirige, siempre y en todas partes, hacia lo que es bello, bueno y verdadero” (JUAN PABLO II, Enc. *Fides et ratio*, n. 21). ¡Qué gran actualidad tiene esta expresión del *continuo chantaje de la duda*, en vista de la propuesta de la *razón débil* que hace el *postmodernismo*!

Las enseñanzas del capítulo 13 del Libro de la Sabiduría, tienen una plena correspondencia con las de San Pablo en el capítulo 1 de la Carta a los Romanos: es posible para todos los hombres el conocimiento de Dios a partir de las criaturas. Su existencia, su eterno poder y su divinidad. Hay en ello una clara afirmación de la capacidad metafísica del hombre.

Cuando el hombre quebrantó el precepto divino de no comer del fruto del “árbol de la ciencia del bien y del mal” (*Génesis* 2, 17), se dio cuenta de que no podía discernir él sólo, y con la desobediencia se enturbió su razón. Con la venida de Cristo a la tierra y la plenitud de la Revelación divina, la fe vino en ayuda de la razón humana. Es verdad que existe una aparente contradicción cuando San Pablo presenta la *sabiduría de este mundo* como contrapuesta a la *sabiduría de Dios*, revelada en Jesucristo (*1 Corintios* 1); la *sabiduría de la Cruz*, como locura para los paganos y escándalo para los judíos. Pero en realidad la sabiduría revelada se opone sólo a la aparente sabiduría de la razón que se encierra en sí misma, en lugar de abrirse al “océano sin límites de la verdad” (Enc. *Fides et ratio*, n. 23).

## 6. Entiendo para creer

Cuando San Pablo llegó a Atenas, capital intelectual del mundo antiguo, se encontró con una cultura sumamente rica, y con multitud de gentes entregadas a la idolatría. Invitado a hablar en el Areópago y exponer su doctrina, comenzó su discurso refiriéndose a un altar dedicado “Al Dios desconocido”, que había descubierto en sus recorridos por la ciudad. Ese Dios desconocido es el que él venía a anunciarles. Les habló de Dios creador del universo, apelando al deseo y nostalgia de Dios que anida en todos los hombres. No empleó argumentos bíblicos, ni invocó las profecías del Antiguo Testamento. Se refirió, en un terreno común a todos, a la inquietud más profunda del corazón humano. Hay, en efecto, una búsqueda universal de Dios por parte de los hombres. Testimonio de esa búsqueda son la cultura y la filosofía de todos los tiempos y de todas las latitudes.

“Todos los hombres desean saber” (ARISTÓTELES, *Metafísica* 1, 1). Juan Pablo II en su Encíclica *Fides et ratio* (La fe y la razón), hace suya esta conocida afirmación del estagirita. Hay una orientación fundamental hacia la verdad, de la que nadie puede prescindir. San Agustín la expresa agudamente: “He encontrado muchos que querían engañar, pero ninguno que quisiera dejarse engañar” (*Confesiones* X, 23, 33). Testimonio

indudable y abundantísimo en nuestra época lo hallamos en el amplio y acelerado progreso de las ciencias, que buscan la verdad con sus propios métodos en las más diversas parcelas de la realidad.

En virtud de la unidad vital de la persona humana la búsqueda de la verdad no es neutra ni aséptica: buscamos la verdad en relación con el bien: con deseos de felicidad, de perfección, de verdadero amor. Experimentamos en nuestra conciencia el imperativo deber de buscar la verdad y de seguirla una vez conocida: de encontrar el sentido de la vida. Es paradigmática la vida de Sócrates y su búsqueda de la verdad, así como su actitud ante la muerte, la convicción de la inmortalidad del alma y el planteamiento del sentido global de la vida humana. Bien puede afirmarse que, a pesar de las dificultades y temores en la búsqueda de la verdad, existe un natural e irrefrenable deseo humano de alcanzar la certeza de la verdad y de su valor absoluto.

Todo el ancho campo de la investigación científica de nuestros días, sorprendente por su vastedad y sus logros, presupone la confianza en hallar la verdad. Y esa búsqueda implica que ya de algún modo se conoce: si no, no habría una tal búsqueda. Junto a las verdades que se refieren a las urgencias de la vida diaria, y a los interrogantes de la investigación científica, la razón humana inquires también las verdades últimas y radicales, de la filosofía y de la religión.

Además de la experiencia directa de la razón humana y de la demostración científica, se abre el amplio espacio de la verdad adquirida por testimonio: la fe humana, que nos lleva a aceptar las aseveraciones de otra persona que nos parece confiable. En el conjunto de nuestros conocimientos es mayoritaria la proporción de los que la razón conoce por fe humana, por confianza en el testimonio ajeno. Baste considerar, por ejemplo, el sinnúmero de hechos y opiniones que aceptamos en la conversación diaria, en la lectura de la prensa, en los noticieros de la prensa o de la televisión. Y esto es tan importante que se podría caracterizar al hombre como “aquél que vive de creencias” (JUAN PABLO II. Enc. *Fides et ratio*, n. 31). No es de desdeñar, en absoluto, esta fuente de conocimientos. Supone la relación interpersonal, la confianza en el otro, la entrega y la lealtad en la comunicación de la verdad entre los hombres. En efecto, la mejor tradición humana nos muestra que el ambiente de cultivo de la verdad es dialógico: de mutuo aprecio, comunicación, afecto y ayuda entre las personas. La razón humana necesita de un clima de diálogo y amistad, no de sospecha y desconfianza, que favorecerían la duda, el escepticismo, el estrechamiento del horizonte intelectual.

Cuando Dios se revela directamente a los hombres lo hace en un diálogo, se nos comunica en la Persona y en la enseñanza de Jesucristo, que es la Palabra divina, la Verdad. Si plenamente razonable es aceptar el testimonio de un hombre, en quien confiamos, mucho más razonable es aceptar la palabra del Hombre-Dios que nos habla. La fe –respuesta humana a la interpelación divina- y la razón –capacidad de conocimiento que hemos recibido- proceden ambas de la misma fuente: Dios. Así la fe ayuda a la razón y ensancha sus horizontes: “la verdad que nos llega por la Revelación es, al mismo tiempo, una verdad que debe ser comprendida a la luz de la razón” (JUAN PABLO II. Enc. *Fides et ratio*, n. 35).

## 7. Una larga colaboración

Cuando San Pablo llegó a Atenas, entabló diálogo con algunos filósofos epicúreos y estoicos. Por aquel entonces los filósofos eran más respetuosos de la trascendencia divina que las religiones mitológicas. El diálogo de los cristianos con la filosofía pagana se inició con sinceridad y a la vez con cautela, como puede apreciarse en los escritos de San Ireneo y de Tertuliano. La Revelación cristiana viene a enseñar la igualdad de todos los hombres ante Dios, sin elitismos ni marginaciones. Todos pueden y deben buscar a Dios: la meta final es la Revelación de Jesucristo. En el siglo II San Justino muestra su aprecio por la filosofía griega, a la vez que afirma que en el cristianismo había encontrado “la única filosofía segura y provechosa”. Clemente de Alejandría atribuye a la filosofía griega el cometido de preparación y defensa de la fe. Más tarde Orígenes conoce y hace uso de la filosofía platónica en su polémica contra el pagano Celso. La *cristianización* del pensamiento platónico y neoplatónico será llevada a cabo por los Padres Capadocios, Dionisio y San Agustín. Ellos fueron sacando a la luz lo que estaba implícito en el pensamiento filosófico antiguo, acogiendo la razón humana abierta a lo absoluto, e incorporando a ella la riqueza de la Revelación, trazando el camino para el encuentro entre la creatura y el Creador.

Ya en la época medieval la teología escolástica, con San Anselmo, profundiza en el conocimiento de la fe revelada: el deseo de la verdad mueve a la razón a ir siempre más allá, abriéndose a la amplitud de la fe. Con Santo Tomás de Aquino resplandecerá la armonía entre la fe y la razón, recogiendo lo mejor del pensamiento griego, hebreo y árabe. En sus obras se advierte cómo la naturaleza, objeto de la filosofía, puede contribuir a la comprensión de la revelación divina. Como la gracia supone la naturaleza y la perfecciona, así la fe supone y perfecciona la razón. En sus planteamientos aflora la audacia para la búsqueda de la verdad, la libertad de espíritu ante los problemas nuevos, la honradez intelectual ante la filosofía pagana y sus logros. Además de la sabiduría que es don del Espíritu Santo y que nos proporciona la connaturalidad con lo divino, contamos con la sabiduría teológica que es profundización en la verdad revelada, y con la sabiduría filosófica que es fruto de la iniciativa y del esfuerzo de la razón humana. Juan Pablo II ha escrito a propósito de Santo Tomás de Aquino: “Su filosofía es verdaderamente la filosofía del ser y no del simple parecer” (Encíclica *Fides et ratio*, n. 44).

En ese mismo documento se hace referencia a un auténtico drama que ha acaecido en los últimos siglos: la separación entre la fe y la razón. Mientras que en el siglo XIII Santo Tomás de Aquino y San Alberto Magno reconocen a la vez la autonomía y la concordancia de las ciencias particulares y de la filosofía con respecto a la fe, desde la baja Edad Media se van separando unas y otra, con unas consecuencias graduales de racionalismo, escepticismo, y agnosticismo. El pensamiento moderno se va alejando progresivamente de la Revelación cristiana. El idealismo racionalista desemboca en el humanismo ateo y en los grandes sistemas totalitarios del siglo XX: comunismo marxista, nazismo, fascismo. A la vez se extiende el positivismo cientifista, que prescinde de la moral y de la metafísica, y presenta al hombre la tentación de convertirse en un nuevo Demiurgo, un plasmador omnipotente del universo. Estos intentos desembocan en el nihilismo: el hombre ha perdido el *sentido* de su vida: todo es fugaz y sin compromiso.

Juan Pablo II ha denunciado la marginación de la filosofía, que se ha convertido en ejercicio de una simple razón instrumental, al servicio de metas utilitarias, de placer o de poder. Y el hombre contemporáneo experimenta el miedo ante las propias realizaciones,

que vagan sin rumbo. A la vez hay que apreciar en el pensamiento de nuestros días gérmenes preciosos de grandes verdades alcanzadas por la razón humana, en torno a la percepción y la experiencia de la realidad, lo imaginario y el inconsciente, la personalidad y la intersubjetividad, la libertad y los valores, el tiempo y la historia, la vida humana y la muerte.

Es hora de restablecer la larga y fecunda colaboración histórica entre la fe y la razón. Su separación perjudica por igual a ambas: “la fe, ante una razón débil (...) cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición” (Enc. *Fides et ratio*, n. 48). Y la razón, sin una fe adulta, se desvía de la radicalidad y novedad del ser.

## 8. Filosofía genuina

En su Encíclica *Fides et ratio* el Papa Juan Pablo II se refiere a las características y cometido de la filosofía. En ella afirma que la Iglesia no propone una filosofía propia ni canoniza una filosofía en particular con menosprecio de otras. La razón de fondo es que una filosofía genuina tiene métodos y reglas propios: la razón humana está orientada a la verdad y cuenta con los medios necesarios para alcanzarla.

Si bien es verdad que en distintas ocasiones el Magisterio de la Iglesia se ha ocupado de estos temas, lo ha hecho cuando se han presentado tesis filosóficas discutibles, falsas o parciales, que amenazaban la comprensión exacta del dato revelado. En esos casos, en cumplimiento de sus responsabilidades, el Magisterio ha realizado un discernimiento crítico, a la luz de la Revelación divina: y ello como un servicio o *diaconía* de la verdad, particularmente por lo que se refiere a Dios, a la naturaleza y dignidad de la persona humana, a la libertad, al recto obrar ético.

Este discernimiento tiende en primer lugar a estimular el ejercicio de la razón humana, más que a censurarla. También la propia filosofía necesita de la autocrítica, ya que ninguna modalidad histórica de la filosofía agota la verdad ni pone punto final a la indagación acerca de la riqueza inagotable de la realidad. La Iglesia es muy amiga de la búsqueda de la verdad por parte de la inteligencia humana, a la vez que sabe que los tesoros de la sabiduría y de la ciencia “están ocultos en Cristo” (*Colosenses* 2, 3).

A partir del siglo XIX las intervenciones del Magisterio de la Iglesia se hacen más frecuentes, cuando se introducen en el pensamiento de algunos católicos las posiciones unilaterales del fideísmo o del racionalismo. Así el Concilio Vaticano I, en su Constitución *Dei Filius*, precisó las relaciones que median entre la fe y la razón, que son a la vez inseparables e irreductibles la una a la otra, distintas por su principio y también por su objeto. Entre ambas no puede haber una verdadera disensión, ya que ambas proceden de Dios.

En el siglo XX el Magisterio se ocupará de diversas tentaciones racionalistas: el *modernismo* teológico, el ateísmo marxista, el evolucionismo materialista, el historicismo relativista, el existencialismo agnóstico.

La situación actual del pensamiento presenta nuevas peculiaridades, bastante alejadas del racionalismo arrogante de antaño. El *pensamiento débil*, que se manifiesta casi como una convicción ambiental, propende al escepticismo y a la aceptación del *final de la metafísica*. La filosofía se conforma con interpretaciones *modestas*, con una mera investigación de determinados campos del saber humano o de las estructuras de ese saber.

En la teología se presentan, aunque con características distintas, las tentaciones del pasado: el racionalismo (con el uso acrítico de ciertas nociones filosóficas), y el fideísmo (como biblicismo, con olvido de las enseñanzas de la Tradición y del Magisterio). No hay que olvidar que las diversas metodologías hermenéuticas, se apoyan siempre en una determinada concepción filosófica, manifiesta o encubierta. En estos momentos predomina la desconfianza hacia las afirmaciones globales y absolutas: como si la verdad fuera el resultado del *consenso* y no de la adecuación del intelecto a la realidad objetiva.

Por eso tiene particular relevancia la invitación de Juan Pablo II a una mayor confianza de los filósofos en la capacidad de la razón humana y a no fijarse metas demasiado modestas en su filosofar: “La fe mueve a la razón a salir de todo aislamiento y a apostar de buen grado por lo que es bello, bueno y verdadero. Así, la fe se hace abogada convencida y convincente de la razón” (Enc. *Fides et ratio*, n. 56).

## 9. Saber no es un lujo

En su labor de servicio a la verdad y de orientación de las inteligencias, el Magisterio de la Iglesia no sólo ha señalado errores y desviaciones, sino que ha querido reafirmar los principios fundamentales del pensamiento filosófico, procurando su genuina renovación. El Papa León XIII, en su Encíclica *Aeterni Patris* del año 1897, presenta a la filosofía como una aportación fundamental para la fe y la ciencia teológica. A este respecto es paradigmática la figura de Santo Tomás de Aquino, que supo subrayar la dignidad de cada una de ellas, a la vez que su recíproca armonía. Las enseñanzas de León XIII constituyeron un punto de arranque en la renovación del conocimiento acerca del pensamiento medieval y más en particular de la filosofía tomista en el siglo XX.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et spes*, señaló el eminente valor de la persona humana y la capacidad trascendente de su razón. Esta capacidad se ve ampliada por las verdades que nos llegan a través de la fe: “Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (N. 22). El Decreto *Optatam totius* (n.15) se ocupa de la raigambre de las asignaturas que se ocupan del hombre, del mundo y de Dios, “basados en el patrimonio filosófico válido para siempre, teniendo en cuenta las investigaciones filosóficas de cada tiempo”. La conveniente formación filosófica es muy conveniente para aquellos que se preparan a los estudios teológicos: una pastoral eficaz exigen conocer en profundidad las instancias culturales del mundo contemporáneo.

Juan Pablo II, en la Encíclica *Fides et ratio*, lamenta la inobservancia de las disposiciones del Magisterio en este sentido, de tal modo que se ha producido en los estudios eclesiásticos un desinterés no sólo por la filosofía escolástica, sino por la filosofía misma, en toda su amplitud. Se ha venido produciendo, en la segunda mitad del siglo XX, un abandono de la metafísica, para ocuparse solamente de problemas particulares y formales; mientras que parece relegarse la última instancia del conocimiento a la competencia de unas ciencias particulares, las *ciencias humanas* (psicología, antropología, sociología, etc.), que a pesar de sus méritos y avances no tienen la capacidad de sustituir a la filosofía. Por otra parte si bien la *inculturación* de la fe reclama tener muy en cuenta la sabiduría popular, no basta con ella: hace falta también la filosofía. Esta se hace

fundamental e imprescindible en los estudios teológicos, ya que estos tienen un vínculo íntimo con la búsqueda filosófica de la verdad, afán *sapiencial* de la razón humana.

Se puede hablar de una interacción de la filosofía y la teología. Juan Pablo II lo razona diciendo que la palabra revelada de Dios se dirige a cada hombre, y el hombre es naturalmente filósofo. Con respecto a la revelación divina se suele distinguir entre el *auditus fidei* (escuchar, recibir el mensaje) y el *intellectus fidei* (razonar, profundizar en el mensaje). La filosofía constituye una ayuda para el *auditus fidei*, en cuanto prepara a la persona, haciendo que ésta capte más cabalmente el valor del conocimiento, de la comunicación personal, del lenguaje; y para entender el contenido de las enseñanzas de la Tradición, el Magisterio y de los teólogos. En cuanto al *intellectus fidei*: como la Verdad divina es un saber auténtico, ayuda a la persona el saber racional filosófico para profundizar en el contenido de la revelación, mostrando el significado de salvación que contiene para el individuo y para toda la humanidad.

## 10. Filosofía, teología y cultura

Las culturas, cuando están profundamente arraigadas en lo humano, llevan consigo el testimonio de la apertura típica del hombre a lo universal y a la trascendencia. El Evangelio no excluye ninguna cultura, sino que las libera y enriquece.

La razón humana no cumple solamente una altísima misión, desvelando al hombre la realidad que le es accesible, y ayudándole a encontrar el *sentido* de su vida. También en su tarea filosófica, buscando las causas o razones más profundas de la realidad, supone una valiosa e insustituible ayuda para la profundización en las verdades reveladas por Dios a los hombres. La Filosofía se convierte así en valiosa colaboradora de la Fe, según aquella famosa caracterización de la Teología como *Fides quaerens intellectum*: la Fe que busca entender.

Así aporta sus luces para el desarrollo de la Teología Dogmática, que estudia el misterio de Dios Uno y Trino, y el desarrollo del plan divino para los hombres: la *economía* de la salvación. Estas verdades necesitan ser articuladas mediante expresiones conceptuales, formuladas con una inteligencia dotada de sentido crítico y con una validez y comunicabilidad universal. Para penetrar en los misterio de la Trinidad, de la creación, de la elevación al orden de la Gracia, del Redentor del hombre, es necesario que la razón del creyente tenga un conocimiento filosófico natural, verdadero y coherente de las realidades creadas, del mundo y del hombre (que, por otra parte, son también objeto de la Revelación divina). La Teología Dogmática, altamente *especulativa* o teórica, supone una filosofía de la persona humana y del mundo, fundada sobre el conocimiento del ser de la realidad: un verdad objetiva.

Además la Filosofía aporta sus luces para la profundización en la Teología Fundamental, dirigida a dar razón de la Fe (cfr. *1 Pedro* 3. 15), permitiendo justificar y explicitar la relación entre la Fe y la reflexión filosófica. Hay unos preámbulos o presupuestos necesarios para acoger la Revelación. Se trata de verdades cognoscibles naturalmente y, por consiguiente, filosóficamente. “Al estudiar la Revelación y su credibilidad, junto con el correspondiente acto de fe, la teología fundamental debe mostrar cómo, a la luz de lo conocido por la fe, emergen algunas verdades que la razón ya posee en su camino autónomo de búsqueda. La Revelación les da pleno sentido, orientándolas hacia la riqueza del misterio revelado, en el cual encuentran su fin último” (JUAN PABLO II.

Enc. *Fides et ratio*, n. 67). El conocimiento natural de Dios, la discernibilidad de la Revelación, los criterios o motivos de credibilidad, la aptitud del lenguaje humano para expresar la verdad, proporcionan una ayuda invaluable: “la fe, don de Dios, a pesar de no fundarse en la razón, ciertamente no puede prescindir de ella” (*ibidem*).

En expresión de la misma Encíclica, la Teología Moral necesita más aún la aportación filosófica. El estudio de la vida humana en el Espíritu, que va más allá de la Ley misma en cuanto a la libertad y la responsabilidad, requiere el conocimiento de la conciencia humana y del razonamiento, de una visión correcta de la naturaleza humana individual y social. No basta para ello con el conocimiento de la Historia o de otras ciencias humanas particulares. Hace falta una reflexión genuinamente filosófica, crítica, dirigida a un intercambio fecundo entre las culturas por el estudio de lo que, siendo universal, es a todas común. Más que lo opinen éstos o aquéllos, lo importante es la realidad de las cosas en sí mismas, común a todos y universalmente referente a ellos.

El anuncio cristiano es de carácter universal, y se dirige a la multiforme pluralidad de las culturas. “Ante la riqueza de la salvación realizada por Cristo, caen las barreras que separan las diversas culturas” (...). “Las culturas, cuando están profundamente arraigadas en lo humano, llevan consigo el testimonio de la apertura típica del hombre a lo universal y a la trascendencia” (*ibidem*, n. 70). Esa amplitud de lo mejor y más profundo de cada cultura humana, implica una apertura mental y existencial. “Se puede decir, pues, que la cultura tiene en sí misma la posibilidad de acoger la revelación divina” (*ibidem*, n. 71). El Evangelio no excluye ninguna cultura, sino que las libera y enriquece.

## 11. Los estados de la filosofía

La verdad revelada por Dios está dirigida a todos los hombres, y es por tanto compatible con todas las culturas. Como la Revelación se ha producido en la historia, su influjo y conocimiento se ha desarrollado paulatinamente, siguiendo determinados cauces. “El hecho de que la misión evangelizadora haya encontrado en su camino primero a la filosofía griega, no significa en modo alguno que excluya otras aportaciones” (JUAN PABLO II. Enc. *Fides et ratio*, n. 72). Así por ejemplo, son de una especial relevancia las culturas orientales, y en concreto la de la India, como “búsqueda de una experiencia que, liberando al espíritu de los condicionamientos del tiempo y del espacio, tenga valor absoluto” (*Ibidem*). Esta cultura entraña grandes valores metafísicos.

Junto con la gran diversidad y riqueza de las múltiples culturas, es necesario considerar también la universalidad del espíritu humano, con unas exigencias fundamentales idénticas. Así como la Iglesia no puede olvidar lo que ha adquirido con la inculturación de la fe en el pensamiento grecolatino, por un designio providencial de Dios que la conduce por los caminos del tiempo y de la historia, ella está abierta a la totalidad de las culturas humanas, como las de China, Japón, las tradiciones orales de África, etc.

Existe un mutuo influjo y ayuda entre la sabiduría revelada por Dios y los saberes humanos. Juan Pablo II habla de una *circularidad* entre la teología y la filosofía. La teología tiene como punto de partida la palabra de Dios que se ha revelado en la historia y su objetivo final es una más profunda comprensión de ella. La filosofía, en cambio, parte del asombro ante la realidad experimentable, y busca en ella la verdad, según sus propias leyes. En la medida en que este empeño se lleve a cabo con rigor, podrá ser una ayuda para

la mejor comprensión de la palabra de Dios revelada a los hombres. A la vez que la Revelación divina constituye una señalización para que la razón no se desvíe de la verdad, y le presta una gran ayuda para que esta razón humana no se autolimite, mostrándole nuevos y amplios horizontes.

Teniendo en cuenta la interrelación entre la fe y la razón, se puede hablar de diferentes *estados* de la filosofía. En primer lugar cabe mencionar la filosofía *totalmente independiente* de la revelación evangélica, es decir aquella que ha sido cultivada por los filósofos paganos, con la solas fuerzas naturales de su razón. Muchos de sus logros son perfectamente válidos, y la fe no viene a destruir nada de lo que hay de legítimo y verdadero en los afanes humanos por alcanzar la verdad. Hay también una filosofía *separada* de la revelación, que ha sido cultivada por numerosos filósofos de la *modernidad* en los últimos siglos. No raramente esta filosofía asume una autosuficiencia de la razón, que es ilegítima por reduccionista; y que supone una cerrazón a la verdad total, en detrimento de la propia filosofía.

Además de estos *estados* de la filosofía es preciso referirse a la llamada *filosofía cristiana*, que no es una filosofía oficial de la Iglesia, puesto que la fe como tal no es una filosofía. Es simplemente “un modo de filosofar cristiano, una especulación filosófica concebida en unión vital con la fe” (Enc. *Fides et ratio*, n. 76). Mucho debe el progreso filosófico a la irrupción de verdades capitales que significó la aparición del cristianismo. “Hablando de filosofía cristiana se pretende abarcar todos los progresos importantes del pensamiento filosófico que no se hubieran realizado sin la aportación, directa o indirecta, de la fe cristiana” (*Ibidem*).

En el aspecto subjetivo la razón humana es purificada por la recepción de la fe, principalmente como liberación de la presunción, ya que la humildad intelectual como ajuste a la realidad y el reconocimiento de los propios límites es necesario para no errar en la búsqueda de la verdad. En el aspecto objetivo la fe ha proporcionado a la razón contenidos sumamente importantes, de verdades no inaccesibles a la inteligencia natural, pero históricamente no descubiertas por ella: la existencia de un Dios personal, libre y creador; la realidad del pecado y del mal; la persona humana como ser espiritual, dotada de dignidad, de igualdad esencial, de libertad; el descubrimiento de la importancia de la Revelación divina; la posibilidad de una vocación sobrenatural del hombre; la realidad e influjo del pecado original.

La *filosofía cristiana* es una auténtica filosofía, con todo el rigor que esta sabiduría humana requiere, y a la vez con una anchurosa ampliación de horizontes. Tan decisivo ha sido el impacto de la fe cristiana en la filosofía, que bien puede decirse que, sin el influjo estimulante de la palabra de Dios, buena parte de la filosofía moderna y contemporánea no existiría.

## 12. Exigencias de la sabiduría

Cuando la filosofía se cultiva con seriedad, de acuerdo con su propio método y exigencias, la teología misma recurre a ella, pues tiene necesidad para su despliegue de la aportación filosófica. El trabajo teológico es obra de la razón crítica a la luz de la fe. La teología necesita un vuelo conceptual y argumentativo; sus aserciones deben ser inteligibles y universales. Y si bien la filosofía como tal tiene un campo propio y peculiar, cuando asume el papel de auxiliar de la teología sube de nivel, por así decir, sin desnaturalizarse. Ya que la búsqueda de la sabiduría, sea natural o sobrenatural, no admite cotos cerrados ni reductivismos.

La separación de la filosofía y la teología lleva consigo consecuencias negativas para ambas. Si el teólogo rechaza la filosofía, sigue haciendo filosofía inconscientemente, siguiendo ideologías de moda o criterios subjetivos acríticos, y se encierra en esquemas poco adecuados con la fe. Si el filósofo quiere excluir la teología, acaba por hacer teología a su manera, extrapolarlo sin darse cuenta el conocimiento meramente racional. Así se explican los reiterados elogios del Magisterio de la Iglesia al pensamiento de Santo Tomás de Aquino, como modelo para cuantos buscan la verdad, como la síntesis alcanzada más alta entre la exigencia de la razón y la fuerza de la fe. “Es deseable pues que los teólogos y los filósofos se dejen guiar por la única autoridad de la verdad, de modo que se elabore una filosofía en consonancia con la Palabra de Dios. Esta filosofía ha de ser el punto de encuentro entre las culturas y la fe cristiana, el lugar de entendimiento entre creyentes y no creyentes” (JUAN PABLO II. Enc. *Fides et ratio*, n. 79).

¿Qué exigencias intelectuales conlleva esta armonía entre la filosofía y la teología? La Revelación divina nos muestra que sólo Dios es el Absoluto, y a la par la grandeza del hombre, imagen de Dios, un ser espiritual, inmortal y libre. El hombre puede ofuscarse, con una pretendida autonomía total con respecto a Dios, destruyendo así la coherencia y el sentido de su vida. Es la tragedia del mal moral, herida que recibe el hombre por un ejercicio desordenado de su libertad. Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado, realiza en plenitud la existencia humana. Lejos del relativismo que rehuye la búsqueda de la verdad, del materialismo que rebaja la dignidad de la persona humana, y del panteísmo que niega a Dios confundiéndole con el mundo; la vida humana y el mundo tienen un *sentido* y están orientados hacia su cumplimiento, que se realiza en Jesucristo.

La Encarnación del Hijo de Dios es el acontecimiento central de la historia humana, y rompe todos los esquemas mentales estrechos; “sólo aquí alcanza su culmen el sentido de la existencia. En efecto, se hace inteligible la esencia íntima de Dios y del hombre. En el misterio del Verbo encarnado se salvaguardan la naturaleza divina y la naturaleza humana, con su respectiva autonomía, y a la vez se manifiesta el vínculo único que las pone en recíproca unión sin confusión” (*Ibidem*, n. 80).

No pocas veces aparece en la vida del hombre de nuestros días una verdadera «crisis de sentido», cuando, sumergido en una barahúnda de datos, experimenta sin embargo la duda radical o el escepticismo con respecto a los más profundos interrogantes vitales, o la indiferencia práctica ante el bien y el mal, hasta llegar al *nihilismo* en que nada parece tener relieve. La razón humana, curvada sobre sí misma, en un encerramiento *inmanentista*, no se abre a la trascendencia del ser y de su Creador. En esa tesitura es sólo una razón *instrumental*, sin pasión por la búsqueda de la verdad.

Juan Pablo II ha invitado a la filosofía a encontrar de nuevo *su dimensión sapiencial*, de búsqueda del sentido último y global de la vida. Si no, lo meramente utilitario, desprovisto de los valores últimos, se convierte en inhumano. La palabra revelada de Dios invita a la filosofía a buscar la religiosidad constitutiva de toda persona. Si la niega, sería simplemente errónea. No hay que tener miedo de *verificar* la capacidad del hombre para llegar al conocimiento de la verdad objetiva: adecuación de la realidad y la razón (*adaequatio rei et intellectus*); a pesar del oscurecimiento y debilitación que el pecado nos ha inferido. “Una filosofía radicalmente fenoménica o relativista sería inadecuada para ayudar a profundizar en la riqueza de la palabra de Dios. La teología (...) necesita la aportación de una filosofía que no renuncie a la posibilidad de un conocimiento objetivamente verdadero, aunque siempre perfectible” (Enc. *Fides et ratio*, n. 82).

En la esfera de la vida práctica, de las decisiones personales, también son objetivamente verdaderos (deben serlo), los juicios de la conciencia moral.

### 13. Urgencia de metafísica

Dentro de los saberes filosóficos ocupa un lugar primordial la metafísica, a la que Aristóteles llamó *filosofía primera*. En efecto, si la filosofía busca el conocimiento en profundidad acerca de toda realidad, la metafísica es la filosofía por excelencia. En la encíclica *Fides et ratio* Juan Pablo II hace un vigoroso llamado a los amantes del saber, señalando que es necesaria una filosofía de alcance *auténticamente metafísico*, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental; “la metafísica no se ha de considerar como alternativa a la antropología, ya que la metafísica permite precisamente dar un fundamento al concepto de dignidad de la persona por su condición espiritual. La persona, en particular, es el ámbito privilegiado para el encuentro con el ser y, por tanto, para la reflexión metafísica” (n. 83).

Una consideración metafísica de la realidad permite la apertura a lo absoluto y trascendente: a la verdad, a la belleza, a los valores morales, a las demás personas, al ser mismo de las cosas, a Dios. Consiste en *ir del fenómeno al fundamento*. Por eso “un pensamiento filosófico que rechazase cualquier apertura metafísica sería radicalmente inadecuado para desempeñar un papel de mediación en la comprensión de la Revelación” (*Ibidem*). La razón de esto es muy clara: “La palabra de Dios se refiere continuamente a lo que supera la experiencia e incluso el pensamiento del hombre; pero este «misterio» no podría ser revelado, ni la teología podría hacerlo inteligible de modo alguno, si el conocimiento humano estuviera rigurosamente limitado al mundo de la experiencia sensible. Por lo cual, la metafísica es una mediación privilegiada en la búsqueda teológica. Una teología sin horizonte metafísico no conseguiría ir más allá del análisis de la experiencia religiosa y no permitiría al *intellectus fidei* [entendimiento de la fe] expresar con coherencia el valor universal y trascendente de la verdad revelada” (*Ibidem*).

En nuestros días se ha registrado un notable progreso de las ciencias hermeneúticas, con muy variados análisis del lenguaje que pueden ser útiles para la comprensión de la fe, nuestro modo de pensar y de hablar, y el sentido del contenido en el lenguaje. Pero no basta con el estudio de los signos: es preciso llegar a lo significado, a afirmaciones simplemente verdaderas: “la fe presupone con claridad que el lenguaje humano es capaz de expresar de

manera universal –aunque en términos analógicos, pero no por ello menos significativos- la realidad divina y trascendente” (Enc. *Fides et ratio*, n. 84).

Se hace preciso afirmar que el hombre es capaz de llegar a una visión unitaria y orgánica del saber. Existe una gran tradición filosófica coherente con la fe revelada, lo cual no va en contra de la exigencia de autonomía del pensamiento filosófico en su propio ámbito. Esa tradición constituye un auténtico patrimonio cultural de toda la humanidad.

En estos momentos se pueden vislumbrar diversos peligros para el ejercicio cabal de la actividad filosófica: en primer lugar el *eclecticismo*, que se limita a acumular conocimientos sin integrarlos en una verdadera síntesis; en segundo lugar *el historicismo*, que no admite la perenne validez de la verdad, y que tiende a sustituir la verdad por la actualidad; después el *cientifismo*, que sólo reconoce rango de saberes rigurosos a las ciencias positivas o experimentales, dejando marginados los conocimientos religiosos, teológicos, éticos, estéticos; de tal manera que se acabe relegando el dominio de la existencia humana en manos de la tecnología: lo que es técnicamente realizable llega a ser por ello moralmente admisible. A estas tendencias se puede añadir el *pragmatismo*, que reconoce solamente el valor de la utilidad, sin reflexiones teóricas ni valoraciones éticas. El sistema democrático, pragmáticamente entendido, se basaría solamente en la opinión de la mayoría, sin importar especialmente la verdad de lo decidido. Término de un proceso de crisis es el *nihilismo*, que niega la humanidad del hombre y su misma identidad, y se manifiesta como soledad o por el contrario como destructiva voluntad de poder.

Bien es verdad que la herencia del saber y de los conocimientos se ha enriquecido en nuestra época, abarcando diversos campos: la lógica, la filosofía del lenguaje, la epistemología, la filosofía de la naturaleza, la antropología, los estudios acerca de la afectividad en el conocimiento, el acercamiento existencial al análisis de la libertad. Pero a la vez la presuntuosa confianza en el poder de la razón, propia de la *modernidad*, ha desembocado en el irracionalismo, dando lugar a una *postmodernidad* de contornos ambiguos. Abunda la carencia de *sentido*, el afincarse en lo provisional y fugaz. Bien es verdad que la experiencia de los efectos del mal ha sido terrible a lo largo del siglo XX, originando la caída del optimismo racionalista. Pero con ello asoma también la tentación de la desesperanza.

#### **14. Teología, hoy**

En todas las épocas la teología ha tenido que afrontar las exigencias de las diversas culturas, y conciliar en ellas el contenido de la fe con una conceptualización coherente. Después del gran acontecimiento eclesial que significó el Concilio Vaticano II, se hizo preciso renovar las propias metodologías para prestar un servicio más eficaz a la evangelización, según las exigencias de nuestro tiempo. La tarea del teólogo es buscar la verdad, del modo más profundo, a partir de la revelación hecha por Dios a los hombres. Ello no supone ningún exclusivismo, sino una postura ampliamente abierta a las grandes cuestiones que afectan a la vida humana. “Crear en la posibilidad de conocer una verdad universalmente válida no es en modo alguno una fuente de intolerancia; al contrario, es una condición necesaria para un diálogo sincero y auténtico entre las personas” (JUAN PABLO II. Enc. *Fides et ratio*, n. 92).

Objetivo fundamental de la teología es presentar la inteligencia de la Revelación a partir del contenido de la fe que a la palabra de Dios se presta; alrededor de los dos grandes misterios de la Encarnación y la Santísima Trinidad. Dios habla a los hombres con un lenguaje humano, mostrando su *condescendencia* con nosotros mediante la Encarnación de su Hijo. A lo largo de la historia de la salvación, y a través de circunstancias muy dispares, la palabra de Dios es una verdad estable y definitiva, que se refiere a todo pueblo y época. Para la comprensión de esta palabra es preciso aplicar una hermenéutica que no se encierre en consideraciones formalísticas, sino que esté abierta a una instancia metafísica. No basta con un estudio interpretativo de las fuentes, para hacer una teología cabal. Hace falta después la comprensión de la verdad revelada, el *intellectus fidei*.

Tal comprensión necesita de una filosofía del ser, que permita el desarrollo de una teología dogmática sin reduccionismos tales como una *Cristología desde abajo* (basada en una antropología psicologista) o un *comunitarismo eclesial* (basado en el modelo sociológico de la sociedad civil). La filosofía del ser debe cultivarse siguiendo las exigencias propias y las aportaciones de toda la tradición filosófica, incluida la más reciente, evitando caer en inútiles repeticiones de esquemas anticuados. Así tendrá una apertura plena y global hacia la realidad entera, hacia Aquél que lo perfecciona todo.

La teología moral necesita también, al igual que la dogmática, la recuperación de la filosofía. En ella ha influido negativamente la “crisis en torno a la verdad” (JUAN PABLO II. Enc. *Veritatis splendor*, n. 32). La verdad tiene gran importancia en el campo moral, ya que la conciencia individual no es autonormativa. La teología moral necesita de una ética filosófica orientada a la verdad del bien (ni subjetivista ni utilitarista). “Esta ética implica y presupone una antropología filosófica y una metafísica del bien” (Enc. *Fides et ratio*, n. 98). La moral necesita de una visión unitaria, vinculada necesariamente a la santidad cristiana y al ejercicio de las virtudes humanas y sobrenaturales. Sólo así puede afrontar responsablemente los diversos problemas que afectan hoy a la paz, la justicia social, la familia, la defensa de la vida y del ambiente natural, etc.

La teología no es un saber desvinculado de la vida y de las necesidades humanas. “La labor teológica en la Iglesia está ante todo al servicio del anuncio de la fe y de la catequesis” (*Ibidem*, n. 99). Sólo en Cristo está la plenitud de la verdad, y nos muestra el misterio del Dios vivo. La catequesis debe ser presentada en su integridad, en pertinencia con la vida de los creyentes, de modo que la doctrina teológica la nutra y enriquezca. La filosofía ayuda a clarificar la relación entre verdad y vida, acontecimiento y verdad doctrinal, verdad trascendente y lenguaje humano inteligible.

La historia del pensamiento muestra la riqueza que para el progreso de la humanidad ha supuesto el encuentro entre la fe y la razón, y más concretamente entre la filosofía y la teología, cuando intercambian sus respectivos resultados. Los filósofos tienen una especial responsabilidad en la evangelización de la cultura, profundizando en las dimensiones de la verdad, del bien y de la belleza. El pensamiento filosófico es a menudo el único ámbito de entendimiento y diálogo con los que no comparten la fe cristiana; y posibilita la búsqueda de una “ética verdadera y a la vez planetaria que necesita hoy la humanidad” (Enc. *Fides et ratio*, n. 104).